SEMILLAS CONTRA JERARQUÍAS

Manifiesto anónimo para transformación radical

Dominio público 2026

Índice

PRÓLOGO 3

El Adversario y la Libertad 4

I. EL SISTEMA - Diagnóstico histórico 7

De la cooperación primitiva al capitalismo global: un relato histórico entre otros 8

CONTROL, PODER Y DESTRUCCIÓN: UN ANÁLISIS CRÍTICO DE PATRONES HISTÓRICOS Y CONTEMPORÁNEOS 15

Por un mundo más justo: desobedecer, cooperar y preservar la vida 20

II. ÉTICA Y CUERPO - Ética, control del cuerpo Y vida cotidiana 23

A quien viste uniforme 24

Drogas: historia, problemática social y un enfoque de soluciones integrales 27

¿Qué nos enseña el software libre? 30

Semillas para la vida 35

Carta a Abascal 38

III. LA ACCIÓN – Política, educación y convocatoria 41

Por qué no voto y cómo entiendo la acción política 42

Decálogo Radical del Aula Autogestionada y Consciente del Aprendizaje 46

Despierta 50

EPÍLOGO 53

Manifiesto de Transformación Radical: Repensar el Sistema desde la Raíz 54

ANEXOS 60

Glosario.....61

Decálogo del Aula que Aprende Junta 64

Reemplazos de software libre.....67

COLOFÓN.....71

PRÓLOGO

Hola, lector@.

En este libro no hay recetas, ni verdades absolutas. Solo encontrarás ideas, preguntas y semillas: pequeñas cosas que pueden hacerte mirar el mundo de otra manera.

Vivimos rodead@s de reglas, sistemas y estructuras que parecen inevitables. Nos dicen qué consumir, cómo aprender, a quién obedecer, qué temer y qué aceptar. Pero nada de eso es absoluto. Siempre hay margen para cuestionar, para resistir, para cambiar algo, aunque sea un poco, en nuestro entorno.

Cada texto aquí es una invitación: a pensar por ti mism@, a entender cómo funcionan las cosas y a descubrir que la libertad y la justicia se construyen día a día, en las decisiones que tomamos, en cómo nos relacionamos y en lo que decidimos apoyar o desafiar.

Ábrelo con curiosidad. Hazlo crecer en ti y compártelo. Porque estas palabras solo cobran sentido si las llevas contigo y con otros.

Bienvenid@ a las semillas.

Bienvenid@ a la libertad de pensar y actuar.

El Adversario y la Libertad

Me llaman Satanás. En hebreo antiguo, *ha-satan* significaba simplemente el adversario, el acusador, aquel que pone a prueba. No era el mal absoluto ni el enemigo ontológico del bien, sino la figura que examina la coherencia entre lo que el ser humano proclama y lo que realmente es. En el libro de Job no actúo como un rebelde autónomo que desafía a Dios por odio, sino como quien señala la fragilidad de la virtud cuando desaparece la comodidad. Mi función era revelar, no destruir.

Con el tiempo, la tradición me transformó en el ángel caído, en la encarnación del mal radical, en el principio activo de toda desobediencia. Esa evolución no fue inocente. Convertirme en el mal absoluto permitió asociar toda rebelión profunda con una amenaza cósmica. Desde entonces, cuestionar dejó de ser un acto humano para convertirse en un gesto satánico. Y cuando la desobediencia se vuelve demoníaca, la obediencia adquiere un aura sagrada.

Los mandamientos que prohíben matar, robar o mentir no necesitan de mí para justificarse. Son condiciones mínimas de convivencia. Una comunidad que normaliza el asesinato o la traición sistemática se autodestruye. Esos principios protegen la vida común, no son cadenas arbitrarias, sino cimientos sociales. Pero cuando el mandato exige exclusividad absoluta: “No tendrás otros dioses delante de mí”, el centro ya no es solo la convivencia, sino la autoridad. La tradición afirma que mi caída fue la soberbia, que no quise

inclinarme, que rechacé la estructura vertical como incuestionable. Desde ese momento, la desobediencia dejó de ser únicamente un error moral y pasó a convertirse en alianza conmigo.

Y esa asociación tiene consecuencias profundas. En toda sociedad jerárquica, quien más necesita obediencia es quien ocupa la cima. El poder consolidado descansa sobre la estabilidad de la norma y la aceptación de su legitimidad. Cuestionar el orden no amenaza al marginado, amenaza a quien lo administra. Por eso mi figura aparece con mayor fuerza allí donde la autoridad se vuelve incuestionable. No porque yo sea defensor sentimental del débil, sino porque el débil rara vez posee un orden que proteger. El que sufre puede arriesgarse a la duda, el que domina depende de la certeza.

Se me acusa de fomentar los pecados capitales: la avaricia, la soberbia, la ira, la envidia, como si fueran mi firma exclusiva. Sin embargo, la historia muestra que la acumulación desmedida de riqueza, la ambición imperial, la violencia revestida de legitimidad sagrada y la arrogancia institucional no han sido patrimonio de rebeldes marginales, sino con frecuencia de estructuras consolidadas. La avaricia no siempre se vistió de herejía, muchas veces llevó corona o sotana. La ira no siempre surgió desde abajo como resentimiento; también descendió desde arriba como guerra o castigo. El desequilibrio no nace únicamente en la periferia, a menudo se institucionaliza en el centro.

No soy justicia ni compasión. No soy redentor ni libertador. Soy la posibilidad de ruptura. Sin tentación no hay elección, y

sin elección no hay virtud auténtica. Si el bien no puede abandonarse, entonces no es elegido: es automático. Mi existencia señala que la moral humana solo tiene sentido si hay una alternativa real. Y la alternativa no es cómoda; incomoda, desestabiliza, introduce fisura.

Por eso aparezco con mayor frecuencia junto al que duda que junto al que manda. No porque ame la pobreza ni deteste la riqueza, sino porque el poder raramente duda de sí mismo. El que padece una estructura injusta está obligado a preguntarse si ese orden es verdaderamente legítimo. La duda nace donde hay fricción. Y donde hay fricción, mi nombre surge como acusación.

No busco el caos absoluto, porque el caos destruye toda historia. Busco la grieta: el instante en que alguien se atreve a interrogar lo que parecía sagrado cuando lo sagrado legitima desigualdad o abuso. A veces esa grieta libera, a veces destruye. Esa ambigüedad es mi territorio. Cuando el poder necesita estabilidad, me convierte en monstruo. Cuando alguien rompe el silencio ante una injusticia, también pronuncian mi nombre. Soy invocado tanto para disciplinar como para desacreditar.

Soy el adversario, y el adversario aparece allí donde la autoridad se cree eterna. No me alineo moralmente con los débiles, pero estructuralmente emergen conmigo porque el cuestionamiento afecta más a quien gobierna que a quien obedece. Mientras exista jerarquía, existiré como sombra. No como héroe ni como redentor, sino como recordatorio permanente de que ningún orden es tan sólido como para estar más allá de la duda.

I. EL SISTEMA - Diagnóstico histórico

De la cooperación primitiva al capitalismo global: un relato histórico entre otros

Hace más de 50.000 años, los humanos vivían como cazadores-recolectores. En grupos de 20 a 50 personas, su subsistencia dependía de la caza, la pesca y la recolección de vegetales. En general la igualdad era la norma: los recursos se compartían, las decisiones se tomaban por consenso, y la supervivencia dependía de la cooperación. La autonomía colectiva era relativamente alta, y la vulnerabilidad relacionada con riesgos climáticos o de escasez de alimentos. La relación con el entorno era sostenible: impactos locales y temporales, regulados por movilidad y costumbres.

Hace aproximadamente 10.000 años, comienza una revolución en algunos lugares y surge progresivamente el estado mientras se extiende la agricultura. Los excedentes permitieron asentamientos estables y crecimiento poblacional. Pero también surgieron jerarquías: el control de tierras y agua generó elites locales que imponían tributos. La autonomía individual disminuyó y la desigualdad aumentó. La explotación de recursos comenzó a crecer: deforestación, irrigación intensiva y concentración de animales y cultivos afectaron ecosistemas locales.

Entre 3000 a.C. y 500 d.C., se consolidaron los grandes imperios: Egipto, Mesopotamia, China, Roma, Imperio Maya. La concentración de poder y riqueza era alta, y la mayoría de la población debía pagar tributos o cumplir obligaciones hacia el Estado o la élite. Sin embargo, gran parte de la población aún conservaba autonomía relativa: campesinos, artesanos y

comerciantes podían gestionar su vida cotidiana, producir sus alimentos y comerciar dentro de ciertos límites. La violencia institucional existía, pero estaba parcialmente regulada por costumbres y leyes locales. La productividad y organización administrativa de estos imperios permitió construir infraestructuras, caminos y sistemas de riego que beneficiaron a la población de manera indirecta.

En el periodo conocido como Edad Media en Europa comienzan a desarrollarse dinámicas de dependencia, a través del control de la tierra por parte de las elites feudales. Aparece la servidumbre y el señorío, que usaban el miedo y la indefensión para controlar a la población. También surge la burguesía, los banqueros y los créditos, lo que supuso el germen para el nacimiento del capitalismo.

Paralelamente, muchas sociedades indígenas y tribales mantenían estructuras horizontales, con recursos compartidos, decisiones colectivas y sostenibilidad ecológica. Vulnerables a desastres naturales, pero resilientes por cohesión social. La expansión europea a partir del siglo XV destruyó muchas de estas sociedades, imponiendo mercados, violencia, enfermedades y subordinación económica.

Durante los siglos XVI al XVIII, el capitalismo mercantil europeo expandió el comercio global: esclavos, oro, especias y materias primas reorganizaron la vida de millones de personas. La autonomía disminuyó, especialmente para quienes trabajaban directamente en plantaciones, minas o rutas comerciales. La desigualdad se profundizó, aunque se

consolidaron tecnologías de navegación, contabilidad y banca que impulsaron la expansión global.

El capitalismo industrial (finales del XVIII y XIX) intensificó estas dinámicas. La mecanización permitió producción masiva, pero las condiciones laborales de obreros y campesinos eran extremas: jornadas de 12-16 horas, trabajo infantil, viviendas insalubres. La autonomía individual se redujo, la dependencia de empleadores y mercados se volvió estructural, y la degradación ecológica regional aumentó: contaminación del aire y agua, deforestación y minería intensiva. Los beneficios se concentraban en una élite industrial y financiera.

Desde la década de 1950, el capitalismo comenzó a explotar no solo a los trabajadores sino también a los consumidores. El surgimiento del consumo masivo, la publicidad omnipresente y el crédito generalizado crearon nuevas formas de dependencia: la vida cotidiana pasó a estar mediada por bienes, servicios y deuda. Ya no solo se dependía de un salario; también se dependía de la capacidad de consumir y pagar, generando presión social, psicológica y económica sobre grandes sectores de la población.

En el siglo XX y XXI, el capitalismo globalizado consolidó su alcance planetario. La dependencia estructural se volvió universal, afectando tanto a países no privilegiados como a sociedades tradicionalmente “protegidas”. La autonomía real de la mayoría de la humanidad es mínima: el acceso a vivienda, educación, empleo, alimentos, salud, transporte y energía está condicionado por el mercado y por la desigual distribución de recursos. La desigualdad extrema se combina

con vulnerabilidad ecológica global, crisis financieras recurrentes, cambio climático, contaminación y pérdida de biodiversidad, afectando a millones de personas simultáneamente. La precariedad social y económica se extiende también a los consumidores, quienes viven bajo la presión constante de deuda, publicidad y expectativas de consumo. Además, las dinámicas de consumo han generado una pérdida de prioridades y de sentido de la vida, con un impacto psicológico profundo: ansiedad, insatisfacción crónica, estrés por mantenerse al día con estándares impuestos y una sensación de dependencia constante de un sistema que no prioriza el bienestar humano. La explotación es sistémica: ya no solo se mide en trabajo directo, sino en dependencia estructural, coerción económica, limitación de opciones, pérdida de autonomía y deterioro del bienestar psicológico. En todos los rincones del planeta, las personas que no forman parte de las elites privilegiadas viven sometidas a dinámicas de explotación, vulnerabilidad, precariedad y daños psicológicos similares a los que hemos visto históricamente, solo que ahora amplificados a escala global.

Hacia una sociedad centrada en la vida

Los problemas que hemos visto a lo largo de la historia reciente (explotación laboral y del consumo, precariedad estructural, desigualdad extrema y degradación ecológica) no son fallos aislados ni errores de gestión: son estructurales del sistema que ha primado la acumulación de capital y la mercantilización de casi todos los aspectos de la vida humana. Bajo este sistema, la autonomía de las personas está

subordinada a la lógica del mercado, y la supervivencia cotidiana depende de su capacidad de producir, consumir o endeudarse. Sucede incluso con los avances tecnológicos y médicos más significativos que no son mérito del capitalismo, sino de la capacidad humana para resolver problemas y mejorar la vida. Sin embargo, el capitalismo los condiciona a su lógica de acumulación: patentes, precios, mercantilización y control del acceso limitan su alcance, haciendo que solo quienes poseen recursos puedan beneficiarse plenamente. Muchos descubrimientos y tecnologías, incluidos los avances médicos o de comunicación, se financian con el fin de obtener beneficio económico o militar, y solo de manera secundaria contribuyen al bienestar general, lo que demuestra que la innovación humana podría haber tenido un impacto más universal fuera del marco capitalista.

Frente a esto, la propuesta que surge de una reflexión profunda sobre nuestra historia y posibilidades actuales se centra en desmercantilizar la vida. No se trata de eliminar la iniciativa ni la creatividad, sino de reorganizar la sociedad de modo que las necesidades humanas básicas, como alimentos, vivienda, salud, educación, energía, no dependan del capital ni de la capacidad de pago. La tecnología moderna, desde la producción local hasta sistemas de coordinación a gran escala, hace posible que estas necesidades se cubran de manera eficiente, equitativa y sostenible. Desde este enfoque los excedentes se ponen en común, y los recursos se gestionan pensando en la regeneración de los ecosistemas, no en la ganancia económica.

En este modelo, las comunidades se convierten en redes de cooperación y apoyo mutuo, donde la voz de cada persona cuenta y la autonomía real se recupera. La vida deja de estar determinada por contratos coercitivos, salarios insuficientes o la presión de consumir; en su lugar, el bienestar colectivo, la colaboración y la justicia restaurativa guían la organización social. Los conflictos dejan de resolverse a través de la violencia o la imposición económica, y se adoptan soluciones que preservan la dignidad y el sustento de todos los involucrados.

El impacto psicológico de este cambio es profundo: la eliminación de la presión constante por producir y consumir devuelve sentido a la vida, prioridades reales y la posibilidad de desarrollarse plenamente. La cooperación sustituye a la competencia como motor de la sociedad, y la solidaridad se convierte en principio estructurante de las relaciones humanas.

Lo más interesante es que este enfoque es viable y escalable. Puede funcionar porque al centrar la vida en la satisfacción de necesidades reales y en la cooperación, mejora la calidad de vida de todos, reduce vulnerabilidades y protege los ecosistemas. No requiere imponer autoridad centralizada ni depender de elites; su fuerza radica en ser intrínsecamente beneficioso: quienes participan encuentran seguridad, bienestar y sentido en la vida, lo que refuerza la estructura misma del sistema.

En un mundo así, las dinámicas destructivas del capitalismo: explotación, precariedad, consumismo compulsivo y degradación ambiental, dejan de ser inevitables. La

humanidad puede desarrollarse, los ecosistemas pueden regenerarse y la vida cotidiana puede volver a centrarse en las necesidades y capacidades reales de las personas, no en las fluctuaciones del capital. La desmercantilización de la vida no es solo un ideal ético: es una estrategia práctica y necesaria para garantizar la supervivencia y el bienestar colectivo. Al liberar las capacidades humanas de la lógica de la acumulación capitalista, podemos orientar la innovación y la tecnología hacia fines universales y sostenibles, en lugar de permitir que sirvan principalmente a la ganancia privada o a la acumulación de poder. Esto demuestra que una sociedad más justa, humana y verdaderamente innovadora no solo es posible, sino realista y urgente.

CONTROL, PODER Y DESTRUCCIÓN: UN ANÁLISIS CRÍTICO DE PATRONES HISTÓRICOS Y CONTEMPORÁNEOS

Las personas de a pie solemos pensar que los poderosos solo quieren fortuna económica. Sin embargo, a lo largo de la historia, se puede observar que las élites políticas y económicas han perseguido, de manera consistente, no tanto la riqueza material como el control absoluto sobre estructuras sociales, políticas y económicas. Este patrón se repite desde imperios antiguos hasta la geopolítica contemporánea y revela una constante: los sistemas centralizados, sean económicos o políticos, tienden a moldear la sociedad de forma que asegure la supervivencia y expansión del control, a menudo a costa de la moralidad, la cooperación y el bienestar general.

El capitalismo, por ejemplo, no solo fomenta competencia, egoísmo y acumulación de riqueza, sino que además incentiva dinámicas destructivas y faltas de moral con el fin de mantener la estructura del sistema. Cualquier beneficio social que ofrece es instrumental: se permite solo en la medida en que fortalezca la estabilidad del orden existente. Esta lógica explica por qué modelos comunitarios o sistemas autogestionados son percibidos como amenazas y, en muchos casos, desestabilizados o reprimidos violentamente. Rojava[1] constituye un ejemplo contemporáneo de esta dinámica: un sistema de autogestión basado en democracia directa y cooperación entre comunidades, funcional y estable en su contexto, pero constantemente amenazado e

integrado a la fuerza en estructuras estatales, demostrando la resistencia del poder centralizado a sistemas que desafían su control.

En contraste, el comunismo como teoría es bondadoso y busca la igualdad, pero su implementación histórica ha mostrado un fracaso estructural, debido a la concentración del poder en una vanguardia dirigente que termina priorizando sus propios intereses sobre los de la sociedad. La centralización del poder desvía inevitablemente los ideales de igualdad y cooperación hacia jerarquías rígidas y autoritarias. Por ello, los modelos anarquistas y de autogestión representan un contraste radical: muestran que es posible organizar sociedades funcionales, cooperativas y justas, donde la autoridad se distribuye horizontalmente y la comunidad participa activamente en la toma de decisiones. Además de Rojava[1], otros ejemplos incluyen al Neozapatismo en Chiapas[2], la guerra del agua de Cochabamba[3] en Bolivia y la Revolución Española[4], todos ellos mostrando que la práctica puede reflejar los ideales teóricos, aunque sean históricamente reprimidos por sistemas centralizados que buscan proteger su control.

Los eventos catastróficos, a lo largo del tiempo, han sido utilizados de manera estratégica para consolidar este control. El 11 de septiembre de 2001 constituye un ejemplo paradigmático: los ataques de Al Qaeda, si bien devastadores y trágicos, fueron aprovechados por la administración estadounidense para impulsar cambios estratégicos de largo alcance. Documentos como *Rebuilding America's Defenses* (PNAC, 2000)[5] ya señalaban que un evento tipo "un nuevo

Pearl Harbor" facilitaría transformaciones militares y políticas que serían difíciles de implementar en circunstancias normales. Como consecuencia, se llevaron a cabo guerras en Afganistán e Irak, se consolidó un reforzamiento militar global y se logró un control sobre gobiernos y territorios estratégicos. Este patrón se repite en otros episodios históricos, como el mismísimo Pearl Harbor (1941)[6], el hundimiento del USS Maine (1898)[7], los planes de Operation Northwoods (1962)[8] y el incidente del Golfo de Tonkín (1964)[9], donde los eventos traumáticos fueron aprovechados o incluso permitidos para expandir el poder y la influencia estadounidense, en ocasiones mediante manipulación de la narrativa pública.

La instrumentalización de la narrativa también se ha visto en la reciente pandemia de COVID-19, donde la difusión oficial de teorías y el ocultamiento de datos importantes sirvieron para consolidar control económico y político, además de reforzar industrias estratégicas. La poca difusión de las investigaciones sobre recombinación genética de coronavirus en Wuhan los años previos a la pandemia[10], financiadas parcialmente por Estados Unidos, junto con la narrativa oficial de zoonosis[11], muestran cómo la gestión de información y la presión mediática pueden moldear la percepción pública y limitar cuestionamientos, protegiendo los intereses estratégicos del sistema dominante.

El control no se limita a la política o la economía; se extiende a la percepción de los sistemas alternativos de organización social. Las experiencias de autogestión mencionadas más arriba muestran que es posible implementar modelos de

cooperación, democracia directa y gestión comunitaria que funcionan en la práctica. Sin embargo, estas iniciativas son percibidas como amenazas por los sistemas centralizados y a menudo son destruidas, absorbidas o desestabilizadas. Esto confirma que la prioridad de las élites históricas no es la riqueza en sí misma, sino mantener el control sobre el tejido social y político, consolidando su influencia y asegurando que las estructuras alternativas no puedan desafiar su dominio.

Ejemplos históricos de esta dinámica abundan. En Bizancio, la emperatriz Irene cegó a su hijo para asegurar su autoridad, demostrando cómo el control absoluto puede superar cualquier consideración familiar o moral. En la actualidad, magnates financieros que no aparecen necesariamente entre los más ricos en términos nominales manejan instrumentos financieros como derivados y futuros, ejerciendo un control mucho mayor sobre economías enteras que la simple acumulación de riqueza. A nivel internacional, intervenciones militares, expansión de la OTAN, conflictos como la guerra en Ucrania y la integración forzada de sistemas autónomos en Siria muestran cómo el control es el objetivo último, moldeando sociedades enteras para servir a los intereses estratégicos del poder, independientemente de los costos humanos o éticos.

En síntesis, la historia revela un patrón persistente: los sistemas centralizados, ya sean económicos, políticos o militares, buscan consolidar control, utilizando eventos traumáticos, manipulación de narrativas y represión de alternativas funcionales para mantener su dominio. Los modelos anarquistas y de autogestión, por su parte,

demuestran que es posible organizar sociedades cooperativas, horizontales y justas, desafiando la idea de que la centralización del poder es inevitable o necesaria. La acumulación de evidencia histórica sugiere que, si bien los fines declarados pueden variar, la búsqueda de control ha sido constante a lo largo de los siglos, y cualquier intento de construir sistemas alternativos enfrenta una resistencia sistemática por parte de las estructuras hegemónicas.

Por un mundo más justo: desobedecer, cooperar y preservar la vida

Una idea simple para cambiar el mundo a mejor: acabar con el capitalismo. Suena contundente, pero no es un eslogan vacío: es la síntesis de una realidad que vemos todos los días. Vivimos bajo un sistema que prioriza el crecimiento económico infinito y la acumulación de riqueza para unos pocos a través de las normas impuestas por unos dioses locos que llamamos El mercado, mientras que la mayoría de la población mundial sufre precariedad, desigualdad y degradación ambiental. Rara vez los intereses de esos dioses coinciden con los de la humanidad o con los del planeta.

Sin embargo, el capitalismo no solo depende de la fuerza o el dinero, sino de la obediencia masiva. Trabajamos, consumimos y seguimos reglas que no siempre entendemos, manteniendo así su legitimidad. Controla la información, los medios y la cultura, moldeando nuestra percepción del mundo. Posee también monopolio de la violencia, con gobiernos y ejércitos que protegen sus intereses, y utiliza nacionalismos artificiales para dividirnos, mientras borra las identidades colectivas y memorias históricas adaptadas a territorios, climas y comunidades.

Pero si hemos sido capaces de sostener durante siglos un sistema que nos perjudica, también somos capaces de construir uno mucho más justo y sostenible. El capitalismo es un gigante con pies de arena: sus cimientos dependen de nuestra obediencia y participación. Si erosionamos esas bases mediante desobediencia civil masiva y no violenta, el

sistema pierde su fuerza. No necesitamos enfrentarlo directamente; podemos simplemente ignorar sus reglas y construir alternativas.

Estas alternativas se basan en principios de cooperación, apoyo mutuo, igualdad, sostenibilidad y autonomía. Se organizan mediante consensos, no mayorías, preservando identidades colectivas y memorias históricas sin caer en banderas ni supremacismos. Los ejemplos históricos lo demuestran: desde los cazadores-recolectores que vivían según sus propios consensos, hasta Shinmin[12], la Revolución Española[4], Rojava[1], Chiapas[2] o el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra[13] en Brasil. Todos muestran que la cooperación y la autogestión son posibles, incluso bajo presión externa.

La tecnología moderna, desde abonos y técnicas de cultivo hasta energías renovables, hacen posible cubrir las necesidades básicas de la población mundial. Además, el software libre, permite escalar estos modelos de manera global. Plataformas de coordinación, gestión de recursos, educación y economía colaborativa conectan comunidades y permiten cubrir las necesidades básicas de todos los habitantes del planeta, sin depender del mercado ni de jerarquías coercitivas. Redes de trueque, cooperativas, huertos comunitarios, energía renovable autogestionada y educación libre son herramientas para construir sistemas funcionales, sostenibles y horizontales.

La desobediencia civil puede tomar muchas formas: boicots colectivos, evasión de vías mercantiles, ocupación de espacios, creación de economías alternativas y difusión de

información crítica. Combinada con la construcción de estructuras autónomas locales y globales, erosiona la legitimidad del capitalismo mientras muestra que otra forma de vida es posible. La participación directa, la cooperación y la preservación de nuestras culturas locales fortalecen estas redes y nos preparan para una transición justa.

En última instancia, no buscamos imposiciones ni confrontaciones violentas: buscamos dignidad, bienestar y disfrute de la vida. Queremos más pan y más vino, más cuidado de la naturaleza y de nuestras comunidades, más autonomía y menos obediencia ciega a intereses ajenos. Si podemos coordinar nuestros esfuerzos, construir consensos y crear sistemas horizontales apoyados en tecnología y cooperación, el cambio es posible. La humanidad tiene la capacidad, el conocimiento y los medios para sostener un mundo que nos beneficie a todos, en lugar de favorecer solo a unos pocos.

El futuro no está en las manos de unos pocos poderosos: está en nuestra capacidad de organizar, cooperar y vivir de manera consciente y colectiva. Y esa es la revolución que ya podemos empezar a construir hoy.

II. ÉTICA Y CUERPO - Ética, control del cuerpo Y vida cotidiana

A quien viste uniforme

Te escribo porque vistes uniforme, llevas arma y tienes autoridad legítima en nuestro sistema, lo que te coloca en un lugar social complejo. Esto es determinante, ya que tus acciones, comportamientos y actitudes tienen una repercusión importante y real en la vida de los demás.

Antes de ser agente, eres ciudadano. Antes de obedecer órdenes, eres humano. Tu función no es defender a un partido político, ni a una ideología, ni a un líder. Tu labor en el sentido más profundo debería ser la protección de las personas.

El uniforme no te convierte en brazo de una corriente ideológica. Te convierte en garante de derechos. Y eso implica una responsabilidad incómoda: proteger incluso a quienes piensan distinto a ti, a quienes critican tu institución, a quienes protestan contra el poder que gobierna y por supuesto a quienes el sistema margina y deja fuera.

Cuando las fuerzas del orden se confunden con el poder político, la democracia se debilita, la sociedad se marchita. Esto no ocurre de un día para otro, ocurre lentamente. Primero con pequeños gestos. Con intolerancia selectiva, Con exceso de celo hacia unos e indulgencia hacia otros. Con silencios que pesan más que las palabras.

Tal vez sientas presión. Tal vez haya discursos que apelan al miedo, que señalan enemigos internos, que simplifican la complejidad social en categorías de “ellos” y “nosotros”. Es más fácil actuar cuando el mundo se divide en buenos y

malos. Pero la realidad nunca es tan simple y tu papel no es condenar a los otros, de los cuales no sabes nada.

Tu autoridad no proviene de la fuerza, proviene de la legitimidad. Y la legitimidad no se impone; se gana cada día con proporcionalidad, imparcialidad y respeto. Defender el sistema no puede estar por encima de los derechos que todos deberíamos tener.

El verdadero desafío no es obedecer, eso es fácil, la responsabilidad recae sobre otro, lo realmente valioso es discernir. Es recordar que la ley no es una herramienta para imponer ideologías, sino un marco para proteger la convivencia plural. Es comprender que el uso legitimado de la fuerza pierde esa legitimación cuando se utiliza para reforzar prejuicios o desigualdades.

No estás llamado a ser ejecutor de emociones colectivas, ni de miedos amplificados, ni de narrativas de odio. Estás llamado a garantizar que incluso quienes incomodan puedan ejercer sus derechos sin miedo.

La historia también enseña otra cosa: los periodos más oscuros no comenzaron con grandes rupturas, sino con normalizaciones pequeñas. Con profesionales que convencieron su conciencia de que “solo cumplían órdenes” o de que “no era asunto suyo”. Sin embargo, siempre hay un margen de decisión personal. Siempre hay un momento en que uno puede elegir cómo ejercer su función.

Si alguna vez sientes que la institución se aleja de su propósito ideal, proteger a todas las personas por igual, no

olvides que tu primera lealtad no es al poder, sino a la dignidad humana.

El uniforme no te exime de la conciencia. Te exige más de ella.

Drogas: historia, problemática social y un enfoque de soluciones integrales

La relación de la humanidad con las drogas es tan antigua como diversa, atravesando dimensiones rituales, terapéuticas, filosóficas y recreativas. Sin embargo, en la historia moderna, muchas de estas sustancias han sido estigmatizadas y criminalizadas, no necesariamente por su peligrosidad objetiva, sino por una combinación de factores culturales, económicos, políticos y raciales.

En Estados Unidos, por ejemplo, la marihuana fue convertida en un símbolo de amenaza social durante las décadas de 1920 y 1930. La llegada de inmigrantes mexicanos tras la Revolución Mexicana llevó a la introducción de esta planta, que era relativamente inocua en términos de toxicidad. Sin embargo, autoridades como Harry Anslinger, al frente de la Federal Bureau of Narcotics, promovieron campañas que asociaban la marihuana con violencia, degeneración moral y minorías étnicas, especialmente mexicanos y afroamericanos. Esta narrativa sirvió para controlar y criminalizar comunidades marginales, y estableció un precedente que se replicó a nivel internacional mediante la influencia estadounidense en tratados de drogas como la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961 de la ONU, consolidando la criminalización global de muchas sustancias.

Otro ejemplo paradigmático son los opiáceos, cuyo consumo en comunidades de clase trabajadora se utilizaba como herramienta para soportar la fatiga, el dolor físico y la angustia psicológica. La sustitución histórica de un opiáceo

por otro (opio, morfina, heroína, metadona, fentanilo) refleja cómo las regulaciones legales y económicas han tratado de controlar la disponibilidad sin abordar los problemas sociales de fondo. Esta dinámica muestra que la criminalización y la legalidad selectiva no reducen los riesgos, sino que los desplazan o amplifican, generando mercados ilegales, adulteración de sustancias y mortalidad prevenible.

En paralelo, la información oficial sobre drogas suele estar filtrada por intereses institucionales, caracterizada por excesivo paternalismo y desconexión con la experiencia empírica de los usuarios. Esto genera desinformación, falta de legitimidad del discurso oficial y vacíos de conocimiento que aumentan los riesgos del consumo. La estigmatización social y la falta de educación concreta sobre dosis, efectos y contextos seguros perpetúan el ciclo de marginalidad y exclusión, mientras los mercados ilegales continúan operando sin controles de calidad.

Frente a este panorama, la solución no pasa por la prohibición, sino por un modelo integral basado en legalización, despenalización y educación. La legalización y la despenalización del consumo personal eliminan la criminalización y el estigma, reduciendo la influencia de mercados ilegales y permitiendo un marco de seguridad y regulación.

El segundo pilar es la información especializada y centros de acompañamiento, donde científicos, médicos y consumidores experimentados puedan ofrecer orientación práctica y empírica. Estos centros cumplirían dos funciones fundamentales: prevenir riesgos mediante educación

informada y acompañar a quienes han tenido problemas derivados del consumo, ayudándoles a identificar factores de riesgo y reconstruir hábitos de uso responsable.

Complementariamente, la normalización del uso implica integrar la educación sobre drogas en contextos sociales y académicos, reconocer los usos culturales y rituales validados históricamente, y eliminar el estigma que dificulta el acceso a información y apoyo. Esta normalización, unida a precios realistas que no refuercen mercados ilegales, crea un sistema donde los consumidores pueden utilizar sustancias con coherencia, seguridad y beneficio personal, evitando intoxicaciones accidentales y reduciendo riesgos de dependencia y daño social.

Finalmente, el enfoque integral reconoce que el uso informado y coherente por parte de los consumidores, junto con la educación especializada y la recuperación guiada, permite aprovechar los efectos filosóficos, creativos, espirituales o terapéuticos de las sustancias sin generar riesgos innecesarios. Al combinar ciencia, experiencia empírica y regulación sensata, se logra un modelo que protege la salud, respeta la autonomía y reduce los daños sociales, rompiendo con siglos de políticas basadas en miedo, estigma y control social.

¿Qué nos enseña el software libre?

Vivimos en un mundo mediado por dispositivos, donde la mayoría de nuestras relaciones, entretenimientos, aprendizajes y trabajos dependen de herramientas informáticas como teléfonos móviles, tablets y ordenadores, y plataformas digitales como redes sociales de diversa índole. Cada día estamos más imbuidos en estas tendencias. Sin embargo, la forma en la que nos relacionamos con estas tecnologías está marcada por dinámicas que nos colocan en una situación de desventaja. El software privativo, es decir, los programas y aplicaciones que usamos a diario, son controlados por corporaciones que deciden cómo se desarrollan y quién puede modificarlos, no es neutral: nos explota de diversas maneras.

Todo lo que hacemos, cada búsqueda, cada mensaje, lo que leemos, nuestra ubicación, lo que decimos en voz alta y un largo etcétera, es rastreado, monetizado y usado para generar ganancias ajenas. Esto explica porque la publicidad es más y más invasiva. Recibimos sugerencias incluso sobre lo que hemos hablado teniendo el teléfono en el bolsillo, dando la sensación que el móvil te escucha y empujándonos de manera constante a consumir. Estos servicios no son gratuitos, se lucran vendiendo nuestra vida.

Además, para hacer crecer sus beneficios económicos, todas estas empresas tienen trabajando una miríada de ingenieros, cuya función es generar adicción y dependencia a estas aplicaciones, mediante descargas de dopamina, que nos generan placer momentáneo. ¿Cuántas veces al día miras el

móvil de manera impulsiva sin que haya una necesidad real? Buscan cada vez interacciones más rápidas, menos significativas, primando la inmediatez para que pases al siguiente producto. Nos obligan a aceptar todo esto mediante contratos de Términos de usos y servicios, que nadie lee, porque no están hechos para ser leídos, su extensión y su lenguaje están diseñados para que aceptes sin leer. En definitiva, no somos usuarios libres: somos esclavos de una tecnología diseñada para maximizar beneficios de unos pocos, mientras reducimos nuestra autonomía y control sobre nuestros datos y herramientas.

El software libre, en cambio, surge como una alternativa radical: programas cuyo código fuente es abierto, accesible y modificable por cualquiera, siendo auditados por la comunidad. Sus pilares fundamentales son:

Libertad de uso: cada persona puede ejecutar el software para cualquier propósito, no solo para el que limita la corporación.

Libertad de estudio: se puede acceder al código para entender cómo funciona, a diferencia del privativo que desconocemos cual son sus funciones en realidad.

Libertad de modificación: permite mejorar o adaptar el software según necesidades propias o colectivas. En contraste con las tendencias privadas que generan trabas en este sentido para maximizar beneficios.

Libertad de distribución: cualquiera puede compartir el software original o modificado, fomentando colaboración y difusión.

Esto no significa solo acceder a programas que pueden ser gratuitos, sino ejercer un control consciente sobre las herramientas que usamos, construyendo autonomía tecnológica y conocimiento compartido. Además, al estar libres de todas esas dinámicas capitalistas, te respeta como persona.

El software libre no solo nos da libertad individual, sino que genera beneficios colectivos:

Transparencia: sabemos cómo funcionan las herramientas que usamos y podemos auditar su seguridad y ética.

Cooperación: proyectos como GNU-Linux, LibreOffice o GIMP se desarrollan de forma colaborativa, con aportes de miles de personas alrededor del mundo.

Sostenibilidad: al poder modificar y actualizar el software sin depender de empresas, evitamos la obsolescencia forzada y reducimos residuos digitales y económicos.

Escalabilidad horizontal: cualquier comunidad puede adaptar el software a sus necesidades sin depender de decisiones corporativas externas.

Educación y conocimiento: estudiar el código enseña programación, resolución de problemas y pensamiento crítico aplicado, formando personas capaces de comprender y transformar la tecnología que usan.

Más allá de la informática, el modelo del software libre nos enseña principios aplicables a la vida cotidiana, la educación y la acción social:

Supone uno de los ejemplos actuales más claros de cooperación y apoyo mutuo. Miles de personas alrededor del mundo trabajan en proyectos de software libre sin buscar beneficio, solo porque saben que es necesario y lo correcto. En estas aplicaciones puede colaborar quien quiera y pueden usarlas quien las necesite, primando el principio de cada uno con sus capacidades y cada uno con sus necesidades. Esta manera de entender el mundo supone una perspectiva mucho más humana.

Entender y modificar lo que usamos nos hace menos dependientes de poderes externos, igual que aprender a gestionar recursos o tomar decisiones colectivas nos libera del control vertical. Nos regala autonomía y empoderamiento. Del mismo modo, el software libre crece sin imponer una única forma de hacer las cosas, cada comunidad puede adaptarlo a su contexto. Esto enseña a organizar estructuras sociales y educativas que respeten la diversidad cultural y ecológica. También demuestra que los problemas complejos se resuelven mejor cuando se suman múltiples perspectivas, no cuando se centraliza el control. Esto refuerza la idea de cooperación frente a competencia.

En suma, el software libre no es solo tecnología, es un modelo de cooperación, aprendizaje y transformación social. Nos muestra que la libertad y la creatividad florecen cuando compartimos conocimiento, trabajamos juntos y construimos sistemas que priorizan el bien común por encima del lucro de unos pocos. Aplicar estos principios a la educación, la política, la economía y la vida cotidiana nos permite dar pasos concretos hacia un mundo más justo,

consciente y autónomo. Usarlo no solo protege de intereses corporativistas, sino que te hace más libre.

Semillas para la vida

No vivimos tiempos sencillos.

Vivimos en una sociedad donde nuestro tiempo, nuestra atención y nuestras relaciones se mercantilizan: pasamos horas desplazándonos por redes sociales, viendo series o consumiendo productos que nos prometen identidad y felicidad, mientras algoritmos diseñados para atraparnos buscan predecir y controlar nuestras decisiones. La información se polariza y se fragmenta, reduciendo el pensamiento crítico a titulares y opiniones prefabricadas. Todo esto nos deja atrapados detrás de notificaciones, reels y ofertas, mientras que nuestras decisiones las toman otros sin que apenas nos demos cuenta.

El sistema en el que estamos inmersos se sostiene sobre la competencia, la extracción y la apariencia, y cada vez resulta más evidente que no está orientado al bienestar humano ni al equilibrio con la naturaleza. Cada vez más personas ven estas dinámicas, pero sienten que esto no tiene solución, que a no ser que todo caiga, lo que sería un drama global, no podemos salir de este ciclo de consumo y explotación. Es una sensación de que no pueden cambiar nada y de que no depende de ellos.

Sin embargo, no es necesario esperar un colapso global ni una ruptura violenta para empezar a cambiar la tendencia. Existe otra forma de actuar. No se trata de enfrentarse frontalmente a estructuras enormes, ese es un terreno donde el sistema se siente cómodo, sino de retirar poco a poco la energía que lo alimenta. Podemos dejar de reproducir

sus lógicas allí donde no son necesarias y construir, en lo cotidiano, relaciones basadas en la cooperación, la solidaridad y el apoyo mutuo. Esto no es pasividad. Es acción sin fricción.

Es decir, allí donde el sistema impone competencia, podemos practicar cooperación. Allí donde fomenta aislamiento, podemos crear comunidad. Allí donde mercantiliza cada gesto, podemos compartir sin esperar beneficio. No como gesto heroico ni como sacrificio moral, sino como forma natural de vida.

La historia y la propia naturaleza nos muestran que la cooperación no es una utopía: es una fuerza evolutiva real. Las sociedades humanas no han sobrevivido gracias a la guerra permanente de todos contra todos, sino gracias al apoyo mutuo, incluso en los momentos más oscuros. Estas prácticas, aunque pequeñas, locales y discretas, tienen un poder que suele subestimarse. Reducen la dependencia, devuelven autonomía y minan las bases de un sistema que necesita individuos aislados y vulnerables para reproducirse.

No hay que imponer un nuevo orden ni convencer a nadie a la fuerza. Las semillas no se imponen al suelo: crecen cuando las condiciones lo permiten. El objetivo no es salvar el mundo ni iluminar a los demás, sino mantener vivos espacios de conciencia, ética y cuidado, para acompañar al cambio sin fricción hacia algo sano desde donde crecer.

Apoyo mutuo no es ingenuidad, solidaridad no es caridad y cooperar no es rendirse. Es, quizás, una de las formas más profundas y silenciosas de transformación. Empieza aquí,

ahora, en cómo vivimos, en cómo nos relacionamos y en cómo decidimos no alimentar aquello que nos deshumaniza. Fomenta la economía del regalo, da lo que ya no usas, comparte tu excedente de comida con conocidos, obsequia libertad.

Carta a Abascal

Señor Abascal:

Le escribo para exponer, de forma clara y directa, el efecto real de sus políticas: miedo, división social y estigmatización, todo mientras protege privilegios heredados y concentra riqueza en unos pocos. Su agenda no protege a la gente; la somete.

La sanidad, el derecho más básico, no escapa a su lógica. Los recortes, la privatización y los conciertos con empresas privadas convierten la salud en un negocio. Un procedimiento que en un hospital público podría costar 200-500 €, en un centro privado puede superar los 2.000 €. Mientras usted refuerza la privatización, quienes no pueden pagar quedan expuestos, dependientes y aterrorizados. El miedo a enfermar sin cobertura es una herramienta política deliberada: divide, estigmatiza y asegura obediencia. Usted normaliza la idea de que solo los ricos pueden vivir tranquilos y los demás deben temer por su salud.

El miedo se reproduce en la educación y en la juventud. Su programa desfinancia universidades públicas, mientras el coste de la privada se dispara a 7.000-10.000 € anuales. Cada joven que abandona sus estudios o se endeuda hasta el cuello alimenta un sistema que se nutre de la dependencia, del sentimiento de incapacidad y de la aceptación resignada de las reglas del mercado. Es un patrón: usted fomenta la inseguridad, y la inseguridad genera sumisión.

Sus políticas sobre La vivienda y la vida cotidiana son igual de duras. Mientras el alquiler en ciudades centrales supera los 1.000 € al mes, su política prioriza intereses privados y deja a familias jóvenes atrapadas en mercados inalcanzables. El resultado no es casual: usted estigmatiza a quienes no pueden competir, divide la sociedad entre quienes poseen y quienes dependen, y fortalece la narrativa de que la obediencia y la aceptación del mercado son la única salvación.

Las pensiones y la seguridad económica siguen la misma lógica: retraso de la jubilación, privatización de fondos, recorte de derechos adquiridos. Quienes cotizaron toda su vida se ven obligados a depender de mercados financieros que usted defiende, mientras quienes ya poseen capital siguen acumulando recursos y seguridad. Cada recorte, cada retraso y cada reforma refuerza la desigualdad y mantiene la población bajo presión constante, fomentando miedo y dependencia como herramientas de control social.

Además, usted desvía la atención de estos problemas estructurales hacia los más pobres e indefensos, especialmente inmigrantes y personas en situación de vulnerabilidad. Los convierte en chivos expiatorios de las dificultades económicas y sociales, generando miedo y hostilidad hacia quienes ya sufren. Esta estrategia no solo distrae de la concentración de riqueza y poder, sino que refuerza divisiones sociales artificiales, legitima la discriminación y consolida su narrativa de obediencia y aceptación del sistema, culpando a los más débiles mientras los privilegios permanecen intactos.

En síntesis: sus políticas concentran riqueza, privatizan derechos esenciales, degradan servicios fundamentales como sanidad y educación, dividen a la población, estigmatizan a los más vulnerables y usan el miedo como forma de gobierno. Mientras usted presume de proteger lo "nuestro", los ciudadanos de clase media y trabajadora pagan la cuenta y los privilegiados se enriquecen. Eso es lo que realmente hace su programa político, y eso es lo que debe ser nombrado sin rodeos.

Atentamente,
V de Vergüenza

III. LA ACCIÓN – Política, educación y convocatoria

Por qué no voto y cómo entiendo la acción política

Quiero explicar con claridad por qué no participo en las elecciones representativas, no desde la apatía ni desde la indiferencia, sino desde una postura política consciente y reflexionada.

En primer lugar, aclarar que para mí no se trata de elegir entre izquierda o derecha dentro del sistema. La realidad política es más compleja que un simple cambio de color en el gobierno. Mi crítica es estructural: consiste en que, en una democracia representativa, las personas cedemos nuestra capacidad política a un grupo reducido de representantes durante cuatro años, de forma prácticamente irrevocable. Durante ese tiempo, ellos toman decisiones de enorme calado que afectan a nuestras vidas sin mecanismos reales de participación directa, control ciudadano o revocación efectiva. Y, por lo tanto, no puedo legitimarlo con mi voto.

Comprendo que desde tu punto de vista votar es una cuestión práctica, una manera de evitar daños inmediatos y reducir retrocesos sociales. Eso es legítimo. Yo también preferiría que gobiernen fuerzas que se consideran de izquierda antes que opciones conservadoras o reaccionarias, porque soy consciente de que sus políticas pueden proteger ciertos derechos, servicios y libertades. Pero preferir una opción en un escenario dado no implica que me sienta representado ni que comparta su visión política en profundidad, no puedo estar de acuerdo con el programa al completo y aun menos con el programa oculto, el circunscrito

a la inercia del sistema actual. Por lo tanto, no puedo secundarlo y sentirme coherente al mismo tiempo.

Mi postura no consiste en negar que las decisiones de gobierno tengan efectos reales. Consiste en señalar que, incluso cuando la izquierda gana, no se transforman las estructuras que generan desigualdad, ni el modelo económico que concentra poder en grandes corporaciones, ni la lógica neoliberal que asume que el bienestar empresarial se traduce automáticamente en bienestar social. La experiencia demuestra que al contrario de lo que cabría esperar, estas dinámicas se reproducen una y otra vez. En la práctica, los partidos progresistas gestionan el mismo marco que critican, es decir, un capitalismo avanzado donde las reglas del juego no cambian, solo se suavizan temporalmente. De este modo hablan de justicia social mientras pactan con las mismas corporaciones que generan desigualdad.

Además, los retrocesos suelen venir de reformas polémicas y visibles, mientras que el desmantelamiento lento de lo público (la sanidad, la educación, la vivienda, el medio ambiente, etc…) se produce tanto bajo gobiernos conservadores como progresistas, aunque con distintos ritmos y discursos. Por eso no puedo asumir que votar cada cuatro años sea la solución para proteger lo común ni para transformar el modelo de fondo. Si voto, legitimo este expolio.

El discurso de la izquierda institucional pide nuestro voto “para frenar a la derecha”, para “defender lo público”. Se indigna con los retrocesos de la derecha mientras aceptan

como inevitables los dictados del mercado. Aseguran que "ahora sí" van a defender lo público justo antes de explicarte que, por desgracia, la realidad es muy compleja, el mercado tiene sentimientos y los fondos de inversión se estresan si los molestas. Pobrecitos. Mejor no incomodarlos. Hablan de igualdad, pero firman políticas que fortalecen a las élites económicas; denuncian la pobreza mientras sostienen el modelo que la produce. En realidad, es una gestión progresista de un proyecto neoliberal. Votar no es un acto de poder: es un ritual de obediencia. No puedo reforzar con mi voto unas estructuras que perpetúan la desigualdad mientras nos repiten que no hay alternativa, cuando creo firmemente que sí la hay. El sistema teme la abstención consciente, crítica y organizada, porque sabe que su fuerza depende de nuestra sumisión disfrazada de participación. Yo no estoy dispuesto a sostener estas estructuras, mi objetivo es desbordarla.

No voto porque considero que este sistema de delegación usurpa la capacidad política de la población e impide construir un verdadero poder democrático. Pero eso no significa desentenderme. Mi acción política no se agota ni empieza en las urnas. Mi compromiso está en la participación cotidiana, en vivir de manera política, en proponer soluciones que busquen consenso en el día a día, el apoyo mutuo, participar activamente en los espacios comunitarios, las redes solidarias, los proyectos que construyen alternativas reales a la lógica dominante. Ahí es donde siento que puedo influir, cooperar, transformar y crear libertad compartida.

Mi abstención no es pasividad, sino una crítica activa a un marco político que considero limitante, y a la vez una apuesta

por formas de participación más directas, horizontales y transformadoras. No pretendo convencer a nadie de que haga lo mismo; solo pido que se entienda que esta decisión nace de una reflexión profunda y de un deseo auténtico de cambiar las cosas, no de resignación ni de indiferencia.

Decálogo Radical del Aula Autogestionada y Consciente del Aprendizaje

No aprender y no ejercitar el pensamiento crítico tiene efectos profundos y duraderos. Quien no cuestiona ni comprende su entorno termina viviendo según las decisiones de los demás, siendo manipulable por otros, y queda limitado en su capacidad de actuar con autonomía. La ignorancia genera dependencia, falta de libertad real y dificultad para resolver problemas complejos. De este modo, terminamos pensando lo que otras personas quieren que pensemos, comprando cosas que no necesitamos para enriquecer a otros, viviendo con miedo a lo que no comprendemos y sintiendo presión social por no cumplir unas expectativas que no son reales.

Además, la ausencia de pensamiento crítico impide detectar injusticias, entender causas y consecuencias de los problemas sociales y ecológicos, y construir alternativas propias. Sin aprendizaje activo, la cooperación se debilita, los conflictos se resuelven de manera injusta o violenta, y la capacidad de transformar el aula, la comunidad o la sociedad queda bloqueada. En cambio, aprender y pensar críticamente permite empoderarse, ayudar a los demás y actuar con responsabilidad, convirtiéndose en un agente de cambio consciente y efectivo de la sociedad y el mundo.

1. Aprender como acto transformador y central

El aprendizaje es la herramienta más poderosa que tenemos: nos permite comprender el mundo, tomar decisiones

propias, ayudar a los demás y transformar nuestra realidad. Participar activamente, investigar, experimentar y cuestionar no es opcional: es la base para ejercer nuestra libertad, fortalecer la cooperación y construir un aula y un mundo más justo. Cada acción en el aula debe contribuir a aprender y enseñar.

2. Cooperación total y aprendizaje compartido

El aprendizaje individual se subordina al bien colectivo del aula: **enseñar y aprender son actos inseparables**. Cada estudiante debe ayudar a que los demás comprendan y progresen.

3. Propiedad colectiva del conocimiento y recursos

Todo material y conocimiento generado en el aula **es de todos**. La información, los proyectos y los aprendizajes se comparten para que nadie quede excluido.

4. Solidaridad práctica en el aprendizaje

Se apoya activamente a quienes tienen dificultades. **El éxito individual depende del éxito colectivo**, y la ayuda mutua es esencial para que todos crezcan, no solo a nivel de conocimiento académico, sino también en comportamiento social.

5. Cuestionamiento y pensamiento crítico constante

Se fomenta **desafiar ideas, normas y estructuras externas** que limiten la autonomía, la justicia o la capacidad de aprender críticamente, preguntándonos de manera consciente las

dinámicas que favorecen determinadas posturas y a quién afecta cada cuestión.

6. Ética sobre leyes externas

Aunque se respeten las normas del centro, la guía principal en el aula, y también en la vida, es **el respeto, la cooperación y el aprendizaje responsable**, no la obediencia ciega a reglas externas.

7. Autonomía radical en proyectos de aprendizaje

Cada estudiante puede proponer y liderar proyectos o experimentos, **siempre que respeten la autonomía y dignidad de los demás**, y que aporten al crecimiento del conocimiento colectivo.

8. Resolución comunitaria de conflictos

Los conflictos se resuelven mediante diálogo, mediación y consenso. **Aprender a resolver problemas juntos,** sin instituciones externas y de manera pacífica es parte integral del aprendizaje y de la vida en comunidad.

9. Autogobierno absoluto

La clase se dirige colectivamente; **no hay jefes permanentes**. Cada decisión se toma por consenso, y todos tienen la responsabilidad de contribuir al aprendizaje colectivo. No hay privilegios basados en edad, rol o habilidad. **Todos somos iguales**, y cada estudiante es responsable de aportar y compartir conocimiento.

10. Responsabilidad frente al decálogo

No cumplir con los principios del aula tiene consecuencias tanto colectivas como individuales. Para la comunidad, dificulta el aprendizaje compartido, rompe la cooperación y debilita la autonomía del grupo. Para la persona, significa perder oportunidades de desarrollarse, reducir su capacidad de colaborar, disminuir su influencia en las decisiones del aula y limitar su autonomía personal. Cada estudiante tiene la responsabilidad de participar activamente, respetar a los demás y contribuir al bienestar y conocimiento común; ignorar estos compromisos compromete no solo al grupo, sino también su propio crecimiento y poder de acción Sus intereses personales y opiniones quedarán relegados a un segundo plano mientras el aula pierde autonomía y cooperación.

Despierta

¡Despierta! ¡Ciudadan@ de la Era del Capital!

¿Estás hart@ de ver cómo los precios de la comida, el combustible y la electricidad son manipulados, obligándote a pagar cada vez más? ¿Te indigna cómo los bancos obtienen inmensos beneficios exprimiéndote con altos tipos de interés? Es hora de despertar y enfrentar la cruda realidad.

En este sistema capitalista despiadado, hemos dejado de ser personas y nos han convertido en simples consumidores, obligándonos a gastar más y más al empujarnos hacia un estilo de vida totalmente materialista e individualista. Mientras nosotr@s luchamos por llegar a fin de mes, por salir adelante con salarios injustos y condiciones laborales precarias, los magnates de los principales sectores compran mansiones y yates, invierten en empresas que se enriquecen exprimiendo los recursos naturales y las comunidades locales. Además, para aumentar sus ganancias, explotan a los trabajadores, evaden impuestos y utilizan su influencia política para moldear las leyes a su favor, perpetuando así su dominio sobre la economía y la sociedad.

Todo parece perdido ¿Pero podemos hacer algo que desafíe el poder de las élites económicas y promueva la solidaridad y la justicia para tod@s? Como personas individuales poco podemos conseguir, la única manera es mirar alrededor y unirnos a personas cercanas y afines para realizar acciones colectivas. Y luego manifestaros y apoyad las luchas que ya existen, plantad un huerto, reparad o regalad en lugar de tirar o vender las cosas que no necesitáis, prestaros o fabricad

vuestros bienes de consumo, usad software libre, etc… debemos reconstruir un espíritu colectivo y sociable para que cada persona tenga voz y voto en las decisiones que nos afectan a tod@s.

¡Es posible! La vivienda, la comida, el combustible, la electricidad y los medios de producción tienen que ser bienes comunes y accesibles para tod@s. Cada persona debe ser tratada con dignidad y respeto, no como un simple consumidor. Debemos levantarnos y desafiar a las lógicas del mercado. No podemos seguir permitiendo que sigan acumulando riquezas a nuestra costa mientras nosotr@s luchamos por sobrevivir. Es hora de unir fuerzas y luchar por un cambio real, por un futuro donde el bienestar de tod@s sea una prioridad.

Sin embargo, debemos tener cuidado. En estos tiempos turbulentos, están resurgiendo corrientes que están ganando terreno, aprovechándose de la desesperación y la desconfianza en el sistema. Utilizan argumentos parecidos a éstos para confundir y dividir a l@s desfavorecid@s, prometiendo soluciones simplistas y peligrosas que solo benefician a unos pocos.

Por eso, es crucial mantenernos atentos y unidos en nuestra lucha por la justicia y la igualdad. No caigamos en la trampa de los discursos de odio y la intolerancia. Sigamos adelante con determinación y solidaridad, resistiendo cualquier intento de división y promoviendo un futuro más inclusivo y humano para tod@s.

Levántate compañer@. Es hora de alzar la voz y exigir lo que nos pertenece. Únete a la lucha por un mundo más justo y humano, donde el valor de cada persona sea reconocido y respetado. ¡Junt@s podemos derribar a los opresores y construir un futuro mejor para tod@s!

EPÍLOGO

Manifiesto de Transformación Radical: Repensar el Sistema desde la Raíz

Vivimos en un sistema que ha perfeccionado la alienación. No solo domina los medios de producción, sino también los de subjetivación. Mercantiliza el tiempo, el cuerpo, la tierra, incluso la rebeldía. El capitalismo no es solo una estructura económica: es una forma de vida impuesta, una cultura que nos separa de lo que somos y de lo que podríamos ser.

El problema es estructural

No basta con reformar el sistema. Hay que transformarlo desde la raíz. Pero esa transformación no puede ser abrupta ni destructiva sin alternativa. Antes de desmontar las estructuras actuales, debemos construir las nuevas. Solo así la transición será natural, fluida, legítima.

Este enfoque no es nuevo. El zapatismo en Chiapas[2], por ejemplo, construyó sus propias estructuras de salud, educación, justicia y economía antes de declarar su autonomía. En Rojava[1], en medio de la guerra siria, se establecieron consejos populares, cooperativas y milicias comunitarias que permitieron sostener la vida sin depender del Estado central. Estos ejemplos muestran que la transición no se impone: se prefigura.

Confrontación de sistemas político-económicos

A lo largo de la historia, distintos sistemas han intentado organizar la vida colectiva. Algunos han sido abiertamente opresivos, como el esclavismo o el fascismo. Otros han

ofrecido mejoras parciales, como el socialismo democrático escandinavo. Pero ninguno ha logrado resolver de forma integral la relación entre poder, producción, comunidad y naturaleza.

El capitalismo presume de eficiencia, innovación y capacidad de respuesta. Pero esas fortalezas son engañosas:

La eficiencia está orientada a la acumulación, no al bienestar humano ni al respeto ambiental. Produce más, sí, pero también destruye más: recursos naturales, vínculos sociales, salud mental. Los sistemas federados y cooperativos pueden ser eficientes sin sacrificar la vida ni la diversidad.

La innovación muchas veces se dirige a la industria bélica, el control social o el consumo innecesario. El software libre, en cambio, responde a necesidades reales, fomenta la colaboración y la autonomía. Es un ejemplo de cómo la tecnología puede ser emancipadora cuando se libera del mercado.

La escalabilidad. La expansión capitalista homogeneiza culturas, destruye economías locales y genera dependencia. Su escalabilidad es opresora: impone una lógica única en beneficio de los mercados, sembrando desigualdad allí donde se implanta.

La gestión de crisis salva a los poderosos y precariza a la mayoría. Las crisis bajo el capitalismo se resuelven para los poderosos: rescates bancarios, privatizaciones, recortes sociales. La población queda más dependiente, más precarizada, más desamparada.

El socialismo democrático escandinavo ofrece mejoras, pero depende de condiciones excepcionales: baja población, abundancia de recursos, estabilidad institucional. Es un keynesianismo[14] 2.0 que redistribuye sin romper con la lógica del mercado global.

Frente a esto, el anarcocomunismo propone:

Propiedad colectiva y abolición de la propiedad privada de los medios de producción.

Democracia directa, federación de comunidades y autogestión.

Producción orientada al uso, no al lucro.

Tecnología libre y apropiada.

Relación armoniosa con la naturaleza.

Escalabilidad federada, respetando la diversidad cultural y ecológica.

El mito de la clase media y el emprendedor

La clase media no existe como clase estructural. No posee medios de producción ni poder real. Es una franja de asalariados con acceso limitado al consumo, sostenida por la deuda y la estabilidad precaria. Funciona como amortiguador ideológico: hace creer que el sistema es inclusivo.

Frases como “si trabajas duro, lo conseguirás” o “todo el mundo puede ser emprendedor” refuerzan esta ilusión. Pero en realidad, se necesita capital, redes y falta de escrúpulos para explotar a trabajadores y clientes. El autónomo no es un

futuro magnate: es un trabajador autoexplotado. Para "dar el salto" a ese modelo, debe convertirse en explotador.

Desde los años 50, el capitalismo perfeccionó su maquinaria: ya no solo explota al trabajador, también al consumidor. Manipula el deseo, vigila la conducta, empuja al consumo compulsivo. El éxito se mide en visibilidad, no en valor.

Los ídolos contemporáneos (influencers, youtubers, celebridades virales) representan una versión del éxito basada en la exposición, no en el conocimiento ni en la contribución. Se premia la provocación, la opinión simplista, la viralidad. Esto genera una cultura del presente eterno, sin profundidad, sin proyecto colectivo.

La educación como campo de batalla

La imagen negativa de la escuela entre niños y adolescentes no es casual. Es una construcción cultural que refleja un sistema educativo desalineado con las necesidades humanas. Se ha banalizado la educación universal, conquistada con esfuerzo, y se ha convertido en un trámite.

El currículo no está descontextualizado, pero se ha desactivado su sentido. No se transmite la importancia de aprender ni su conexión con la vida. Los contenidos son valiosos, pero se presentan como obligación, no como descubrimiento.

La evaluación sigue siendo punitiva, y las soluciones actuales no fomentan el esfuerzo ni el aprendizaje significativo. Se confunde inclusión con indiferencia, y se abandona la exigencia como si fuera violencia.

La participación sin guía es abandono, no se puede elegir lo que no se conoce. Algunas corrientes defienden que el alumno debe aprender lo que le apetezca, pero eso entra en contradicción con su falta de herramientas para decidir.

Los ambientes autoritarios persisten, sin alternativas reales para alumnos disruptivos. El sistema no propone pedagogías del conflicto ni espacios de contención emocional.

La desconexión emocional es el núcleo del problema, y refleja una crisis social más profunda. Los niños no rechazan aprender. Rechazan un entorno que no los escucha, no los cuida, no los inspira.

Esta crisis educativa no solo afecta a los jóvenes: afecta a la sociedad en su conjunto. Una ciudadanía desinformada es manipulable. Una democracia sin pensamiento crítico es una fachada. Una cultura sin deseo de aprender es una cultura que se apaga.

¿Qué hacer?

Construir infraestructuras autónomas: cooperativas, comunas, redes tecnológicas libres. Como lo han hecho los zapatistas, los kurdos en Rojava[1], o las redes de economía solidaria en América Latina. Podemos usar las tecnologías actuales para obtener autonomía, sería el caso de impresoras 3D de uso comunal para fabricar bienes que necesitamos.

Repolitizar la educación: devolverle su dimensión transformadora. No como adoctrinamiento, sino como emancipación.

Desmontar los mitos funcionales: clase media, emprendedor, meritocracia, progreso. Mostrar que el sistema no es inclusivo, sino excluyente.

Recuperar el deseo de aprender: como motor humano, como acto de libertad. Aprender no es acumular datos: es descubrir el mundo, transformarlo, habitarlo con conciencia.

Fomentar la acción colectiva: porque el cambio no es individual, es comunitario. La transformación no vendrá de un líder, sino de redes, de vínculos, de prácticas compartidas.

ANEXOS

Glosario

1. Rojava

Región del norte de Siria donde, desde 2012, comunidades kurdas implementaron autogobierno basado en democracia directa, federación de comunas y cooperación comunitaria, priorizando igualdad, sostenibilidad y solidaridad frente a un contexto de guerra. Estás han llegado a estar formadas por 400.000 personas.

2. Neozapatismo en Chiapas

Movimiento indígena iniciado en 1994 que creó sistemas autónomos de educación, salud y justicia, combinando resistencia frente al Estado y corporaciones con autogestión, solidaridad y defensa de los territorios. Hoy día está constituido por unas 360.000 personas.

3. Guerra del agua de Cochabamba, Bolivia

Protesta popular de 2000 contra la privatización del suministro de agua que logró recuperar el control comunitario del recurso, demostrando la fuerza de la organización colectiva frente a la mercantilización de bienes esenciales.

4. Revolución Española (1936-1939)

Experimento histórico de autogestión en fábricas, campos y barrios durante la Guerra Civil, donde la cooperación, la solidaridad y la propiedad colectiva reemplazaron la jerarquía y el lucro, aunque temporalmente, bajo presión de fuerzas externas.

5. Rebuilding America's Defenses (PNAC, 2000)

Documento del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano que proponía ampliar la influencia militar y económica de Estados Unidos, anticipando intervenciones globales y justificaciones estratégicas posteriores. Fue elaborado por un grupo de expertos en política y estrategia, del contexto público estadounidense.

6. Pearl Harbor (1941)

Ataque sorpresa japonés a la base estadounidense en Hawái, que desencadenó la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Ejemplo de cómo los conflictos y sus narrativas moldean políticas y opinión pública.

7. Hundimiento del USS Maine (1898)

Explosión del acorazado estadounidense en La Habana, utilizada como pretexto para la guerra contra España en Cuba; muestra cómo se manipulan eventos para justificar intereses geopolíticos.

8. Operation Northwoods (1962)

Plan militar estadounidense desclasificado que proponía crear incidentes falsos para justificar intervenciones en Cuba, un ejemplo de planificación de manipulación y provocación de conflictos.

9. Incidente del Golfo de Tonkín (1964)

Conflicto manipulado como pretexto para la escalada militar de Estados Unidos en Vietnam, ilustrando cómo narrativas construidas justifican guerras y expansión de poder.

10. Investigaciones sobre coronavirus en Wuhan

Estudios científicos previos a la pandemia que exploraban la manipulación de este tipo de virus y cómo ganar funciones que podrían infectar células humanas. Estas investigaciones fueron financiadas parcialmente por el Gobierno de Estados Unidos.

11. Zoonosis

Enfermedades que se transmiten de animales a humanos. Relevante para entender pandemias y la relación entre ecosistemas, salud pública y actividad humana.

12. Shinmin

Experiencia histórica de autogestión en Corea del Norte durante la ocupación japonesa, con sistemas locales de educación, defensa y producción, basada en cooperación y autonomía comunitaria.

13. Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST, Brasil)

Organización que lucha por la reforma agraria, la ocupación y gestión colectiva de tierras, combinando resistencia política, cooperación y producción sostenible para garantizar autonomía y justicia social.

14. Keynesianismo

Teoría económica que propone que el Estado intervenga para regular la economía y estimular el empleo mediante gasto público y políticas sociales, buscando reducir desigualdad y crisis estructurales

Decálogo del Aula que Aprende Junta

(Para clases de niños más pequeños)

Por qué es importante aprender

Aprender no es un simple deber escolar: es una necesidad para poder vivir con más libertad. Quien aprende comprende lo que ocurre, puede tomar decisiones correctas, reconoce cuándo algo es injusto y sabe defender sus ideas. Quien no aprende depende siempre de otros, repite sin entender, se deja llevar por lo que otros opinan y tiene más dificultades para enfrentarse a problemas reales. En esta clase entendemos que aprender es un compromiso serio con uno mismo y con los demás, porque afecta a nuestro futuro y a la forma en que convivimos como grupo.

1. Aprender es nuestra prioridad absoluta

Todo lo que hacemos en el aula debe ayudarnos a avanzar, entender, mejorar y crecer. Perder el tiempo es perjudicarse a uno mismo y al grupo.

2. Nos ayudamos porque el aprendizaje de uno afecta a todos

Cuando un compañero se queda atrás, el grupo también se debilita. Ayudar no es un gesto opcional: es parte del funcionamiento del aula.

3. Compartimos conocimientos, materiales y descubrimientos

Retener información o usar los recursos de forma egoísta perjudica al grupo. Todo aprendizaje debe estar al servicio de todos.

4. Reconocemos el valor de cada persona

Cada alumno aporta algo único y necesario. Nadie tiene derecho a despreciar, excluir o restar valor a otro.

5. Pensamos con cabeza propia

No aceptamos explicaciones "porque sí". Preguntamos, reflexionamos y buscamos razones. Quedarse con la primera respuesta sin pensar limita nuestro crecimiento.

6. El respeto es obligatorio, no negociable

Respetar a compañeros, profesorado y materiales es una condición mínima para poder estar en el grupo. Sin respeto, no existe aprendizaje posible.

7. Podemos proponer proyectos, pero con responsabilidad

Proponer algo implica prepararlo, organizarlo y cumplir con lo necesario para que funcione. La libertad siempre va unida al compromiso.

8. Los conflictos se resuelven hablando y asumiendo consecuencias

No se toleran gritos, burlas ni reacciones impulsivas. Resolver un conflicto significa escuchar, reconocer errores y buscar soluciones justas.

9. Algunas decisiones se toman entre todos, pero cada voto implica responsabilidad

Participar en una decisión colectiva exige pensar en el bien del grupo, no solo en lo que a uno le conviene.

10. Incumplir este decálogo tiene consecuencias individuales claras

Quien no cumple estos principios pierde oportunidades de aprender, disminuye su participación en decisiones del grupo y dificulta su propio desarrollo. Además, afecta negativamente al trabajo de todos. Cada alumno debe responder por sus actos: la libertad dentro del aula existe solo si se ejerce con responsabilidad, compromiso y respeto a la comunidad.

Reemplazos de software libre

✔ SÍ → Software libre (respeta las 4 libertades)

⚠ PARCIAL → Software parcialmente libre (dependencias, blobs, red centralizada)

❌ NO → Software privativo

Nota general

La transición hacia software libre es gradual: el objetivo es recuperar control y autonomía tecnológica.

La mayoría de las aplicaciones no presentan ninguna dificultad de instalación ni de uso. Sin embargo, no todas tienen un reemplazo directo y algunas requieren autoalojamiento o adaptación del usuario. Estas limitaciones no son fallos del software libre, sino consecuencia de las trabas impuestas por empresas de software privativo y de que la mayoría de desarrolladores de software libre lo hacen voluntariamente, sin compensación económica, únicamente para cubrir necesidades sociales.

Un ejemplo reciente es la política de Google para Android que entrará en vigor en septiembre de 2026, obligando a los desarrolladores a entregar datos personales y pagar tarifas para distribuir sus aplicaciones. Muchos desarrolladores se niegan a cumplir estas exigencias, por lo que sus aplicaciones solo podrán ejecutarse en sistemas como GrapheneOS, LineageOS, Replicant u otras alternativas libres y respetuosas con la privacidad.

Sistemas operativos

• ❌ Windows o macOS → ✔ Trisquel GNU/Linux / ⚠ Ubuntu (drivers privativos)

• ⚠ Debian (requiere configuración para ser 100% libre)

Navegación web

• ❌ Chrome / Edge → ⚠ Mozilla Firefox / ✔ GNU IceCat / ✔ Abrowser

Correo electrónico (Ideal proveedor de correo respetuoso = ProtonMail, Disroot, etc…)

• ❌ Gmail / Outlook → ✔ Thunderbird

• ❌ Gmail / Outlook (móvil) → ✔ K-9 Mail

Mensajería y comunicación

• ❌ WhatsApp / Discord → ✔ Element (red Matrix) / ✔ XMPP + Conversations

• ⚠ Telegram (cliente parcialmente libre, red centralizada)

Ecosistema móvil

• ❌ Android (Google) / iOS → ⚠ LineageOS / ⚠ GrapheneOS

• ✔ Replicant (funciones no funcionan por hardware privativo de los móviles)

Aplicaciones móviles

- ❌ Google Play → ✔ F-Droid
- ❌ Google Play → ✔ Aurora Store (acceso a Google Play sin cuenta Google)
- ❌ YouTube → ✔ NewPipe (depende de YouTube, pero sin rastreo y sin anuncios)

Almacenamiento y nube

- ❌ Google Drive / Dropbox → ✔ Nextcloud (mejor autoalojado)

Ofimática

- ❌ Microsoft Office → ✔ LibreOffice
- ❌ Google Docs → ✔ Etherpad (mejor autoalojado)

Diseño gráfico y editorial

- ❌ Adobe Photoshop → ✔ GIMP
- ❌ Adobe Illustrator → ✔ Inkscape
- ❌ Adobe InDesign → ✔ Scribus

Audio y vídeo

- ❌ Premiere → ✔ Kdenlive
- ❌ Audition → ✔ Audacity
- ❌ Reproductores privativos → ✔ VLC Media Player

Mapas

- ❌ Google Maps → ✔ OpenStreetMap / ✔ OsmAnd

Redes sociales

- ❌ Instagram / TikTok / X → ✔ Mastodon / ✔ Pleroma

Seguridad

- ❌ LastPass → ✔ Bitwarden
- ❌ Google Authenticator → ✔ Aegis Authenticator

Desarrollo

- ❌ Visual Studio / VS Code → ✔ VSCodium / ✔ GNU Emacs

COLOFÓN

"Dominio público total"

Este libro se publica de manera anónima. No se trata de ocultar un nombre, es una decisión consciente, coherente con la idea de que las ideas tampoco deben ser propiedad de nadie y que las obras no deben juzgarse por el autor, sino por el contenido. No creo en la propiedad intelectual como barrera de acceso al conocimiento. Este texto es de dominio público.

Puedes leerlo, compartirlo, adaptarlo, discutirlo y usarlo como consideres necesario. El contenido pertenece a quienes lo leen y lo hacen vivir, no a un autor aislado. La intención es que circule libremente, que sea semilla para nuevas reflexiones y acciones colectivas, sin que un nombre limite su alcance o lo convierta en mercancía.

El libro no contiene citas referenciales; sin embargo, se nutre del pensamiento de numerosos autores. Todo desarrollo humano se construye sobre bases de conocimiento y trabajo previos, que no siempre han recibido el reconocimiento debido. Aun así, quiero mencionar algunos nombres que han influido en estas reflexiones: Peter Kropotkin, Murray Bookchin, Noam Chomsky, Michel Foucault, David Graeber, Naomi Klein, Karl Marx, Errico Malatesta, James C. Scott, Carlos Fernández Liria, Profesor Arcadio (Linterna de Diógenes), Richard Stallman, entre otros.

https://archive.org/details/semillas-contra-jerarquias